

Aquella noche llovía sobre la ciudad.

Hacía dos horas que las calles se habían quedado dormidas y un resplandor inútil de farolas alumbraba los silencios con un vaho azulino que se posaba despacio sobre las aceras nuevas y el charol del asfalto.

El revuelo del agua al caer en la medianoche confería a Viena el aspecto de una ciudad deshabitada, como en el final de una guerra que se ha perdido; una ciudad desolada y temerosa donde la culpa seguía arañando después de tres generaciones y la vieja memoria borraba sonrisas con la severidad de un réquiem. A intervalos, igual que espasmos, violentas ráfagas de viento del Oeste incrementaban la sensación de frío y algunos relámpagos, enmascarados entre las nubes, iluminaban los cielos, sobre el horizonte. Acababa de comenzar octubre, pero el aire dolía ya en la cara y en las manos como si los días estuviesen cruzando sin disimulo la mitad del invierno.

Cautelosos, sigilosos y furtivos, tres hombres se bajaron apresurados de un Skoda checo detenido minutos antes en la Karlsplatz esquina a la Karlsgasse, justo enfrente del costado derecho de la Karlskirche, la majestuosa iglesia erigida en honor de san Carlos Borromeo. Iban enfundados en trajes de neopreno, iguales a los que usan los submarinistas, pero con la capucha recortada, y se habían cubierto la cabeza con pasamontañas negros de nylon sin brillo. Calzaban zapatillas deportivas también negras y los tres se movían con aplomo y agilidad, demostrando conocer con absoluta precisión lo que tenían que hacer. Momentos antes habían sincronizado sus relojes a las doce en punto.

El griego Nikos fue el primero en apearse del coche.

Tras él descendieron el austriaco Wilhelm y el italiano sin nombre. Se ajustaron el pasamontañas para protegerse de la lluvia y buscaron sus bolsas en el maletero. Al cerrar el capó, el italiano levantó un instante la cabeza al cielo. Nikos también miró a lo alto.

—¡Maldita sea! ¡Tenía que ser esta noche! —refunfuñó el griego con la boca casi cerrada y torcida, dibujando un exagerado gesto de desagrado—. Ya sólo falta que nos parta un rayo.

—¡Silencio! —El italiano se volvió hacia él, airado—. ¡Quiero absoluto silencio! ¿Entendido?

—Pero...

—¡Cállate! Y además no sé de qué te quejas, griego: unos cuantos truenos no nos vendrían nada mal para que el ruido no lo hagamos sólo nosotros.

Los tres hombres, cargando cada uno con una bolsa negra en la mano, corrieron hasta la pared lateral de la Karlskirche y se pegaron al muro de piedra. Una vez allí se aseguraron de que nadie les había visto cruzar la calle y se dispusieron a avanzar a toda prisa por la tapia hasta llegar a la fachada principal de la iglesia. Un primer rayo iluminó la bóveda del templo: era de estilo romano, de más de setenta metros de altura; y el foganazo del cielo se ahogó en el mismo lago colindante en el que se reflejaban los perfiles del sacro edificio. Instantes después un nuevo relámpago y el primer trueno zarandearon la noche con fuerza. El estruendo había comenzado.

—¡Odio las tormentas! —maldijo el griego.

—¡Cállate! —el italiano se llevó un dedo a los labios y luego indicó con la mano que lo siguiesen.

Sin dejar la pared llegaron hasta el frontispicio de la iglesia. El italiano miró a un lado y otro y les ordenó detenerse.

A la derecha se alzaba la Universidad Técnica, cerrada y fantasmal a esas horas; y por detrás se extendía el parque que rodeaba el pequeño lago. Todas las calles cercanas siguieron desiertas hasta que, al cabo de unos segundos, una furgoneta blanca pasó lentamente por la Gusshausstrasse con los limpiaparabrisas luchando contra el agua que en aquellos momentos caía con la intensidad de un aguacero de verano. Por temor a ser descubiertos se pegaron a la pared como sombras y luego corrieron a refugiarse bajo el soportal de una de las torres cuadradas. Resultaba imposible que el conductor de aquel vehículo hubiese reparado en ellos, pensó el italiano. Cuando la furgoneta blanca se perdió por el fondo de la calle, sin detenerse, el italiano dio la orden de seguir.

—Y luego, en enero, nos sofocará el calor...

—¡Que te calles, joder!

Muy despacio, buscando la protección del arco de la torre y al amparo de los entrantes y salientes del edificio, se fueron acercando a la imponente columna de la derecha. Otro rayo iluminó durante unos instantes la fachada de la iglesia. Desde donde se habían detenido, la visión de aquellas columnas tan parecidas a las que Trajano erigió en Roma, así como la torre austriaca en la que antes se habían resguardado y la misma entrada griega, que imitaba la del Partenón, se mostraban impresionantes. Los tres hombres permanecieron un instante

observándolas, sobrecogidos o quizá tan solo rendidos a la curiosidad; pero el italiano sin nombre reaccionó de inmediato, cubrió el último tramo de una carrera y se detuvo a los pies de la columna.

—Aquí —ordenó en un susurro—. Venid aquí.

Nikos y Wilhelm llegaron hasta él y miraron a lo alto. La columna, coronada por una peculiar balconada dorada y una terminación de cimborio con el techo abovedado, parecía elevarse hasta las entradas del cielo, donde se abrazaban las nubes. Luego se volvieron hacia el italiano, confusos.

—¿Seguro que es aquí? —el griego frunció los ojos.

—¡Seguro! —replicó el italiano, casi ofendido—. Ahí dentro, en el interior de esta columna, hay una escalera de caracol que asciende hasta lo más alto. Y allí es justamente adonde vamos nosotros.

El griego alzó los hombros, cabeceó a un lado y otro y se rascó la nuca por debajo del pasamontañas. Luego se alejó unos pasos del grupo y se detuvo a rebuscar por los laterales de la base cuadrangular, palpando la piedra cada vez más intrigado.

—¿Se puede saber qué coño haces, Nikos? —preguntó el italiano, llegando hasta él.

—Pues buscar la entrada...

—¡La puerta de acceso está dentro de la iglesia, joder! —el italiano alzó la voz, hastiado. Luego resopló paciente, se volvió al austriaco y señaló la entrada del templo con el dedo índice disparado—. Vamos, Wilhelm, fuerza el portón.

El rubio asintió. Los tres hombres corrieron hasta las puertas, subiendo de dos en dos los doce escalones de la escalinata que conducía hasta ellas, chapoteando en el agua retenida en la superficie de los peldaños. El italiano y el griego se escondieron al amparo de las columnas mientras el impassible austriaco dejó con calma su bolsa en el suelo, recorrió la cremallera y sacó una ganzúa plegada que desdobló, fijó y atornilló antes de empezar a manipular la gran cerradura con el mimo de un maestro relojero.

Wilhelm tanteó el interior del mecanismo concienzudamente hasta encontrar el punto de apoyo. Luego, con la misma ganzúa, hizo presión arriba y abajo y giró el pasador, extrajo el gancho del ojo de la cerradura y empujó con suavidad la puerta, que sin ningún quejido se movió lo suficiente para que un cuerpo pudiese entrar por la abertura. Los tres hombres se deslizaron como comadreja en la nave ovalada. Una vez en el interior, el italiano empujó otra vez la puerta hasta unirla a su quicio, sin cerrarla del todo. Los goznes tampoco gimieron esta vez.

En aquel recinto sagrado olía a cera pura y a incienso viejo. La oscuridad de las tripas del templo era densa e inquietante; el peso de su grandiosidad se sentía casi dolorosamente, y los tres hombres notaron sobre la cabeza la opresión del gran vacío que ascendía hasta la cúpula. Sobreponiéndose, y a tientas, el italiano rebuscó en su bolsa, sacó una linterna y alumbró a su izquierda para desnudar la entrada a la escalera de caracol de la columna exterior. Por allí debía estar. Se acercó con mucho cuidado para no hacer ruido e iluminó toda la pared con la lámpara, de arriba abajo. Y, en efecto, unos metros más allá, descubrió las huellas de la vieja puerta escamoteada detrás de un facistol claveteado por velas apagadas. No le habían informado mal.

La puerta interior que daba acceso a las escaleras de la torre, sellada desde hacía demasiado tiempo, estaba situada tras el atril de las velas y debajo de un altar voladizo con un juego de iconos de ornamentación sagrada. No tenía picaporte ni candados. Se encontraba tan abandonada que resultaba imposible decidir hacia qué lado se abría o por dónde convenía hacer palanca para que saltase. Incluso era posible que no se tratase de una verdadera puerta sino de un muro disimulado con un revestimiento que la imitase. El italiano sin nombre no se arredró.

—Aquí es. Saca la palanqueta, Nikos.

El griego recorrió la cremallera de su bolsa, extrajo la barra de hierro y se la entregó al austriaco. Wilhelm buscó alrededor de los límites de la puerta un punto de apoyo con la punta de la tranca, pero no lo encontró. Entonces rascó los bordes del quicio, que estaban recubiertos de cemento y años, y trazó una pequeña ruela. Se volvió al italiano para preguntar con la mirada si debía continuar horadando.

—Sigue —aprobó, y a la vez lo reafirmó con la cabeza—. Haz esa hendidura un poco más profunda, a ver si consigues hacer saltar esta maldita puerta.

El austriaco rascó con fuerza hasta que completó la ruela que delimitaba uno de los laterales de la portezuela. Después sacó un martillo de su bolsa y otra vez con los ojos pidió autorización al italiano para introducir de un golpe seco la palanqueta por un punto intermedio, calculado al azar. Éste le detuvo con un gesto de la mano, corrió hasta la puerta de la iglesia, la

entreabrió apenas unos centímetros, miró al cielo y esperó a que se produjera la descarga de un nuevo relámpago. Cuando el cielo se llenó de luz contó mentalmente los segundos transcurridos hasta el momento más ensordecedor del trueno: uno, dos, tres, cuatro..., nueve segundos. Al abrirse el cielo con otro rayo, volvió a contar. Al llegar a cuatro, le indicó al austriaco que se preparase. Y al llegar a ocho, ordenó:

—¡Ahora!

El ruido seco del martillazo se confundió con la exageración del redoble del trueno nuevo. El golpe fue tan vigoroso que la palanqueta se adentró más de un palmo en el interior de la rueda, con la facilidad de un cuchillo de monte hundiéndose en un queso sin curar.

—¡Está hueco! —se sorprendió el griego.